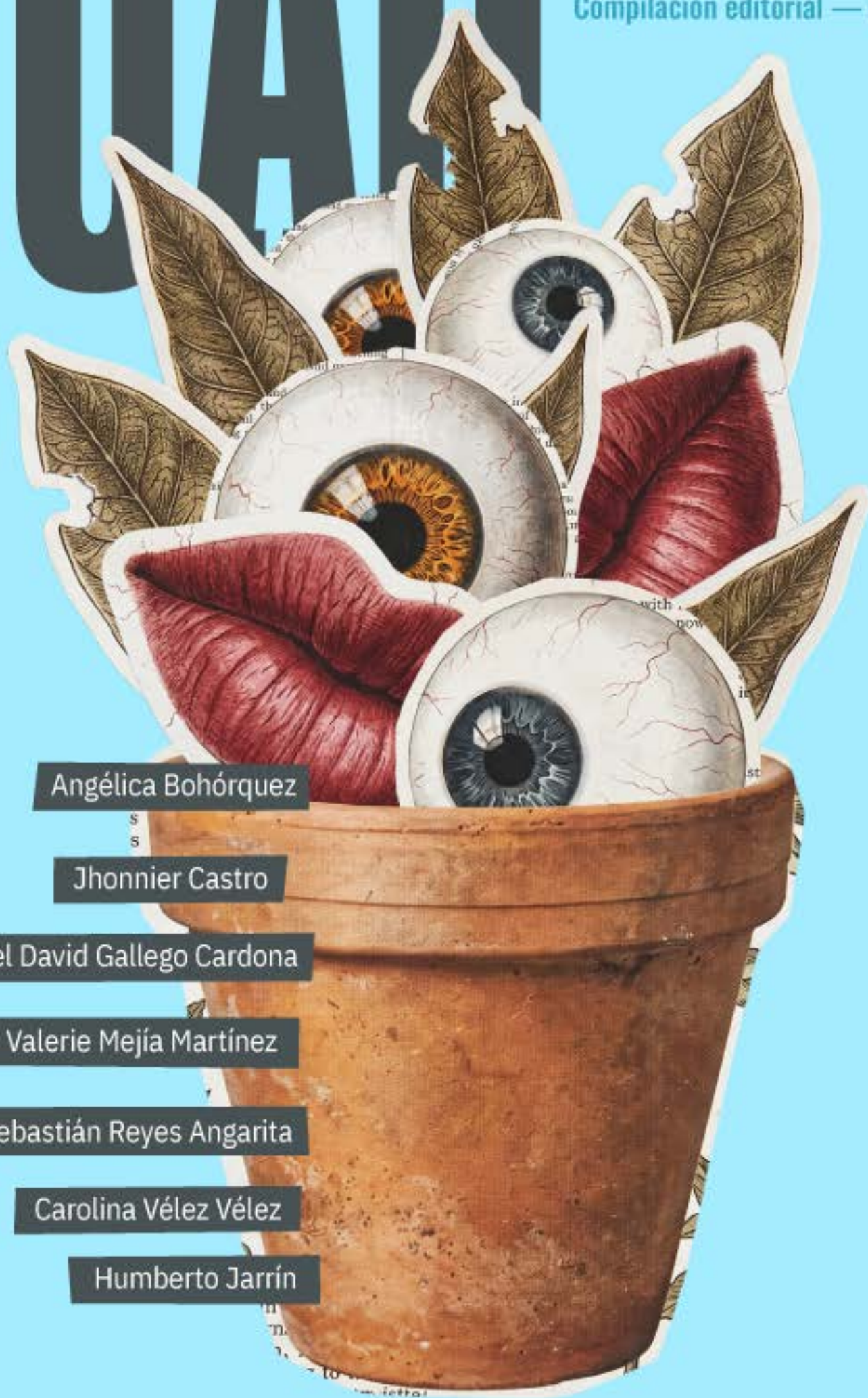


VOCES UAO

Boletín de la editorial

Compilación editorial — 2026



Angélica Bohórquez

Jhonnier Castro

Samuel David Gallego Cardona

Valerie Mejía Martínez

Álvaro Sebastián Reyes Angarita

Carolina Vélez Vélez

Humberto Jarrín

uao

Universidad
Autónoma de
Occidente

Centro de Recursos para el Aprendizaje y la Investigación
Universidad Autónoma de Occidente

Angélica Bohórquez



Comunicadora social y periodista de la Universidad del Valle. Maestranda en periodismo narrativo de la Universidad Nacional de San Martín y revista Anfibia (Argentina). Se ha desempeñado como editora universitaria, y de proyectos de la Comisión de la Verdad y Open Society. Trabajó como periodista en el medio independiente Manifiesta y como colaboradora de Gaceta, medio del Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes. Actualmente es periodista colaboradora de O70 de la Universidad de los Andes. Su trabajo periodístico gira en torno a temas de género, derechos humanos y cultura.

Coordinadora editorial y de visibilización de la CTel
Vicerrectoría de Investigaciones, Innovación y Emprendimiento

ambohorquez@uao.edu.co

Pido que me acojas sin miedo

*“Cosas, cosas y más cosas, y ningún
lugar en dónde estar” – Robert Creeley*

Leo un ensayo de Valeria Luiselli, en su ópera prima, Papeles falsos, que me resulta familiar por primera vez. Ya le había dado una mirada hace tiempo, pero ahora acabo de salir de una mudanza, y entiendo bien a qué se refiere cuando dice que las cajas y el polvo le cambiaron la cara, le difuminaron las facciones y dejó de reconocerse.

Viví toda la vida en el mismo barrio: Álamos, al norte de Cali. De niña recorrí un conjunto residencial campestre que parecía una aldea de casas blancas, con balcones amplios y techos de teja de barro. Es extraño que mis dos recuerdos más nítidos de ese lugar, donde viví hasta los veinte años, sean una mañana en que se inundaron los parqueaderos y mi mamá nos dejó saltar en los charcos con botas de caucho, y una noche en que se fue la energía en todo el sector y mi hermano y yo salimos a ver las estrellas, recostados en el asfalto aún caliente. Sin las farolas de la calle encandilando se definían constelaciones en el cielo. Reproduje Luna Roja de Soda Stereo en mi MP3 azul metalizado. En ese tiempo adolescente me vestía con falda y medias negras, y no me quitaba unos Converse oscuros que tenían una calavera amarilla estampada.

A cinco cuadras, barrio adentro, vivían mis abuelos en una casa de rejas blancas y antejardín tupido de flores amarillas. A medida en que crecí, el antejardín pasó de ser selva y oasis a un recuadro de pasto chino moribundo que ya nadie podía atender. Mis abuelos envejecieron y se enfermaron en esa casa de dos pisos, y yo tuve que aprender de las lentas despedidas y los afectos que se apagan con cada hora y en contra de su voluntad.

Pienso en una película para atravesar el duelo, pero también las mudanzas. Se llama A Ghost Story. Construye una reflexión sobre los lugares y el tiempo, o, más bien, los lugares atravesados por el tiempo: cuenta la historia de una pareja que vive en una

casa antigua a las afueras de un pueblo de Texas. Entre ambos se siente un clima de crisis. La fragilidad del vínculo se retrata en los primeros planos, una fragilidad que no es antagónica al amor, sino circunstancial, externa. Lo más evidente es el reclamo de M., la protagonista, que tiene urgencia de mudarse. Hay un diálogo inicial en el cual M. le pregunta a C., el novio, por qué le gusta tanto esa casa, donde los espantos arrojan cosas en las noches. Él responde que le gusta por su historia. Cuando están en los preparativos de mudanza, quizá para salvar su relación, C. sufre un accidente de carro y fallece, pero su espíritu queda atrapado en la casa. David Lowery, el director, retrata al fantasma cubierto con una sábana blanca y dos huecos en los ojos.

A partir de ahí tiene la virtud de pocas películas de impregnarse por completo en el espectador cuando inicia el viaje del fantasma por darle sentido a la muerte, aferrándose a la casa, el epicentro de sus afectos. Desde la invisibilidad, observa a su novia quebrarse, tratar de recuperarse, empacar maletas, despedirse de ese espacio mientras él sigue anclado, recibiendo a los nuevos inquilinos, que uno a uno espanta hasta que la casa se vuelve una ruina embrujada. Vemos el tiempo retroceder del presente al pasado remoto en el cual esas tierras eran de colonos europeos, volvemos a los tiempos del fantasma que, en su eternidad, también alcanza un futuro distópico en el cual la casa es un edificio de pisos infinitos y luces fluorescentes. Al final, su descanso llega en el presente: el momento en que su novia se va de la casa pero deja una nota, un papel diminuto, doblado y metido en una grieta del muro de la sala. Lowery no nos muestra qué dice, pero vemos la sábana caer al suelo en lo que, suponemos, es el momento de trascendencia del fantasma. Y allí mismo: fundido a negro, créditos y una de las mejores canciones originales del cine reciente, *I Get Overwhelmed*.





En 2016 mis papás, mi hermano y yo nos mudamos a un apartamento muy amplio, un quinto piso con balcón que mi mamá soñó mucho antes que nosotros. Cinco años más tarde me mudé sola para empezar la vida independiente. A veces me gusta torcer los recuerdos y pensar que de niña no jugaba a la mamá y el papá sino a la casita: sin esposo, sin hijos, solo la casita.

Al llegar allí con veinticinco años y un trabajo por prestación de servicios en una entidad pública aprendí a relacionarme con el caos: demasiadas noches de sábado dormí con mi mejor amiga al lado, completamente afectada por la incertidumbre del inicio de semana, inminente, sin papel higiénico en el baño, limpiándonos con servilletas, y contando monedas para reunir lo del pasaje y poder senderear el domingo, nuestro pasatiempo del momento. La manifestación de nuestro rasgo escapista. El único plan posible porque a ninguna de las dos nos pagaban a tiempo.

La idea de la habitación propia, expuesta por Virginia Woolf en su libro que lleva ese título, se materializó y complejizó en el mismo momento en que pasé la primera noche sola en mi apartamento. En el prólogo de una edición de Planeta del 2021, Elena Medel se pregunta por el concepto de libertad económica en el contexto en que Woolf publicó la obra, 1929: “¿Qué tiempo y qué fuerzas les quedarían al volver a casa para escribir un libro y construir una carrera como escritoras?”, dice refiriéndose a las mujeres que, a diferencia de Woolf —beneficiaria de una gran herencia—, tenían que trabajar para sobrevivir.

A mí no me quedaban ni tiempo ni fuerzas para escribir porque en algún punto de ese año llegué a tener cinco contratos y por la falta de sueño me costaba articular las palabras. Ese apartamento fue el portal para pensar la independencia económica, el agradecimiento, el cuidado. Tener una habitación propia también

enseña cuánto dependemos de los demás si no somos herederas ni mentes excepcionales. Cuando el cansancio cedió, fui llenando las paredes de cuadros, fotos familiares y huellas de mis pies sucios. Monté una biblioteca en el centro de la sala, calculé una inversión aproximada de tres millones de pesos en libros —cuando mis papás cubrían mis otras necesidades básicas—, más los robados a exnovios. Entendí que ese es mi verdadero patrimonio y espanté la idea de una mudanza próxima porque todo se sentía en su lugar.

En cuatro años de jugar a la casita se dañó mi primera nevera, compré una cama doble y un colchón ortopédico, me regalaron muebles para la sala, tuve una roomie, acumulé ropa, regalos de mi abuela, cuidé plantas que ahora son monumentales, cociné para mis papás, terminé una relación, empecé otra que derivó en lo que la ley llama unión libre, viví de la escritura trabajando en un medio de comunicación, el medio cerró, conseguí un trabajo nuevo, y ahora veo todo eso como un timelapse desde la habitación de otro apartamento, la primera noche, iluminada por una luna llena azulada que se filtra por la ventana sin cortinas.

Hace dos noches permanecí en una vigilia ansiosa, imaginando una pila de ropa limpia mezclada con ropa sucia. La pila estaba ahí, al lado de la cama, existía dentro de una caja. Temí volver a ser la mujer que deja reposar todo: los papeles, los libros empezados, la ropa limpia, la ropa sucia, las llamadas pendientes, los mensajes no leídos, con la excusa de darles tiempo para que cobren sentido. Temí no poder encarnar el nuevo comienzo en este apartamento de setenta metros al que me mudé con mi pareja y editor por excelencia, A., para vivir más cerca del trabajo y ganar algunas horas idas en el transporte público.





Además del temor a no cambiar, empaçando y desempacando entendí algo nuevo sobre las cosas: no se van. No desaparecen. Se apilan, se acumulan, se ensucian de polvo, se deforman, envejecen, pero al carecer de la cualidad del movimiento, permanecen de una manera obstinada aun cuando se les destruye. Sus pedazos no son como los nuestros.

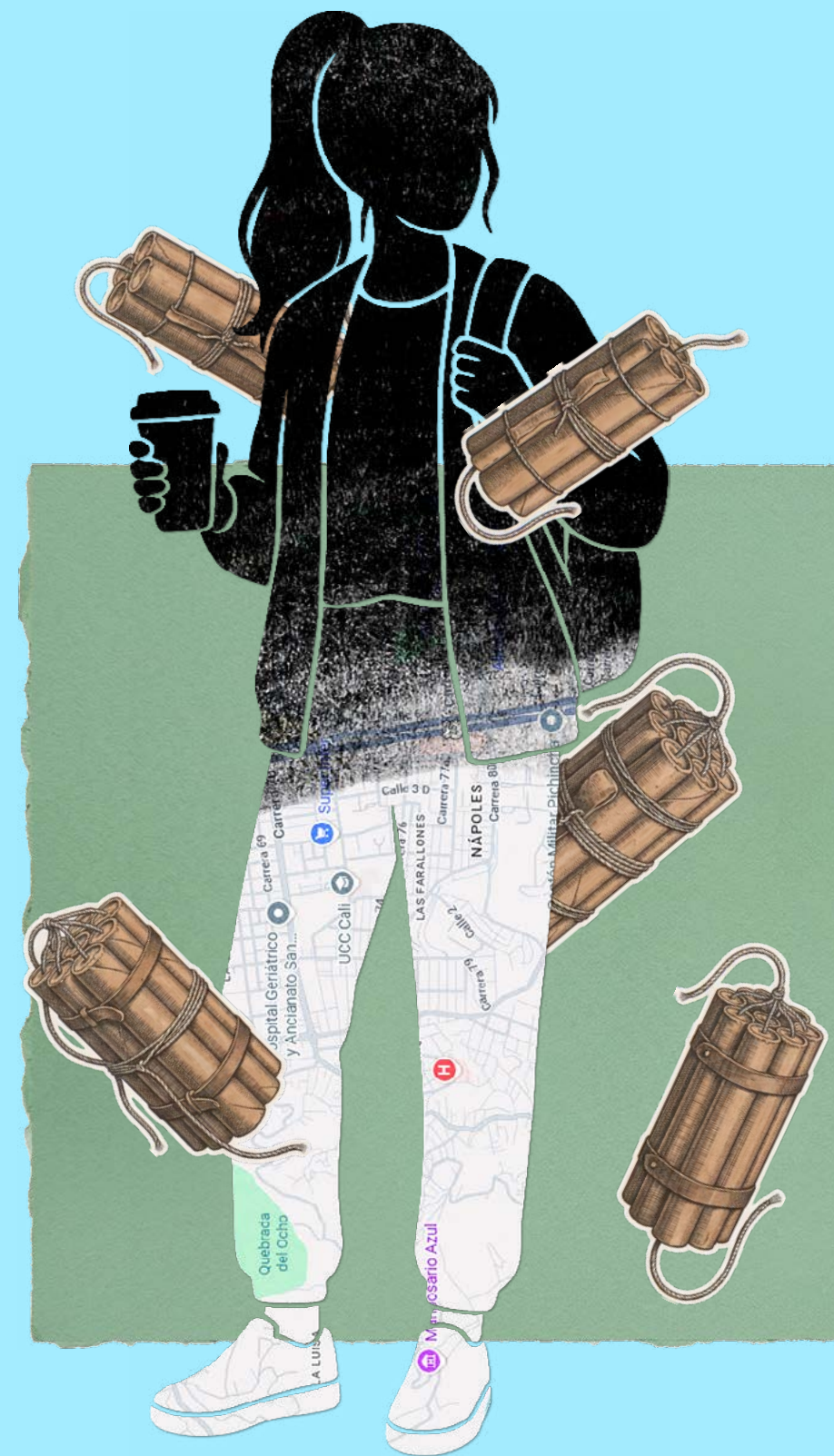
El apartamento nuevo es agradable, lleno de luz. No le temía a los insectos en la casita, pero aquí hay anjeos y por primera vez empecé a pensar en lo confortable de mantener los bichos afuera. Los ruidos también han inaugurado una zona nueva de la conciencia. Tener una casa es escucharla y hacer un glosario de sus ruidos. En la casita, por ejemplo: el golpe seco de las ventanas de vidrio contra sus marcos al cerrarlas con urgencia en medio de los aguaceros nocturnos; el rebote compacto de la puerta principal, cuya madera cedía con el calor y no cerraba si no era con un azote. El ruido blanco de la ducha abierta. Las salamandras y su canto de madrugada, el chasquido de los murciélagos que se buscan entre ellos con tonos agudos, el aleteo de las abejas y abejorros que llegaban a morir de sed o de viejos entre el verdor de nuestras materas.

En la casa nueva no tenemos radar. No hay pista del origen de los estruendos o los sonidos dulces. En las mañanas, las copas de los árboles esconden la declaración del amanecer. Hace poco leí que los pájaros cantan a destiempo, que ciertas especies inauguran el día y tienen el derecho o la tarea, no lo sé, de trinar primero. Les siguen otras especies hasta completar un coro que me despierta convencida del tiempo habitable. Sacudo mis piernas en la cama, las estiro, entrelazo las manos, bostezo. Me pregunto por qué no había hecho este cambio antes.

Soy testigo de la hora azul. Ansío preparar café y que el aroma llene las habitaciones, las horas silenciosas de la madrugada para leer algunas páginas y pedirle milagros al Dios de Spinoza, buscándolo en los picos nublados de la cordillera y en los cerros cercanos que irradian la calma que temo perder.

En la casa nueva no tenemos radar, aún no conocemos el origen de los estruendos, pero cuando a las diez de la mañana de un día de abril retumban los vidrios sabemos que algo pasó. No hay nada en X ni en las noticias. Vuelan virutas, ceniza gruesa, huele a plástico quemado. Un humo negro enrarece el paisaje. Media hora después nos enteramos que estalló un cilindro de tres que habían instalado en un bus escolar a dos cuadras de la portería del conjunto. A. y yo nos buscamos de habitación en habitación cada vez que desde el Batallón del Ejército, que queda al otro lado de la calle, suenan las detonaciones controladas de los cilindros que no explotaron.

Me gusta pensar que la fragilidad es circunstancial y externa. Que dentro de esta casa nueva, mía, nuestra, podemos habituarnos a un mapa extraño y crear atajos aunque el afuera arda. Es lo único que le pido a esta entidad de muros blancos: que me acoja sin miedo.



Jhonnier Castro



¿Quién es jhonnier?

Él es actualmente estudiante del programa de ING. informática de la UAO, previo a eso estudio un técnico en sistemas (formación Sena) y de asistencia administrativa, y aunque su formación este lejos a la de ser la de un artista, el siente un profundo amor por la literatura en todas sus formas, pero la principal son los libros. Estos últimos lo llevaron a idear a LORA una biblioteca virtual gratis, hecha para autores y lectores, la cual es el sueño de su vida.

Programa académico: Ingeniería informática, con el programa Digi Campus

Semestre: tercero

jhonnier_ale.castro@uao.edu.co

Un misterio mi mañana



No sé hoy, ni sé mañana; es un misterio mis
mañanas.

No se notaba en mi cara,
pero los nervios me mataban.
Ya no, ya no me matan,
ya no me amarran, ya no importa,
porque perdí, perdí lo que importaba.

La vida, mi vida ya no es nada;
ni con una sonrisa se tapa,
se tapa la tristeza que a mi cabeza dañaba.

Mañana, ¿qué será el mañana,
ese por el que renazca y vuelva,
vuelva la buena vida;
por la que mañana, quizás, yo renazca?

Samuel David Gallego Cardona



Gallego Cardona es Licenciado en Ciencias de la Universidad Tecnológica de Pereira. Actualmente es docente de Ciencias Sociales y candidato a estudios de formación en posgrado. Sus principales gustos literarios son la Historia, la Historia Local, los Cuentos, los poemas, las Ciencias Sociales y la Educación. Asimismo, es coautor del libro Después del Último Disparo, de la Colección de Cuentos de la Editorial Letras Negras.

samueldavid.gallego@utp.edu.co

Álvaro Sebastián Reyes Angarita



Álvaro siempre ha sido una persona apasionada por las historias, y esta pasión se fortaleció significativamente desde el momento en que conoció la literatura. Ernesto Sabato y Fiódor Dostoyevski han sido los autores que más han marcado el alma de este lector en ese viaje apasionado y, por momentos, obsesivo por las historias. Asimismo, gracias a la literatura, ha desarrollado una sensibilidad fundamental para su formación como comunicador social y periodista, especialmente a la hora de comprender, narrar y crear historias. Comunicación Social y Periodismo · Octavo semestre

alvaro.reyes@uao.edu.co

Carolina Vélez Vélez



Nacida en noviembre 11 de 1990, diseñadora de la comunicación gráfica apasionada de la creatividad y la imaginación, cuenta su pequeña historia con la tartamudez y cómo ha sido retador para ella, ya que eso implicó abrir una parte sensible de su vida a enfrentar inseguridades que durante mucho tiempo guardó en silencio, y hoy, a través de palabras de valentía, aceptación y crecimiento personal, transforma esa dificultad en una experiencia de aprendizaje, expresión y fortaleza.

Egresada de Diseño de la Comunicación Gráfica

carolina.velez_v@uao.edu.co

Valerie Mejía Martínez



Valerie Mejía Martínez es estudiante de Comunicación Social y Periodismo, interesada en la escritura crítica, la literatura y las narrativas audiovisuales como formas de explorar la realidad social y humana. Sus intereses artísticos incluyen la fotografía, el documental y la creación de contenidos enfocados en la cultura, la educación y temas que invitan a la reflexión. Ha participado en procesos de producción periodística y audiovisual, explorando líneas de trabajo relacionadas con la memoria, la identidad y las expresiones contemporáneas. Su enfoque creativo busca generar piezas que impacten, cuestionen y conecten con las audiencias desde una mirada sensible y crítica.

Comunicación Social y Periodismo · 9.º semestre

valerie.mejia@uao.edu.co

Escupiendo **incomodidades**

En los años de puberta desafiante y rebelde, con las hormonas revolucionadas, se llegó la etapa de la supuesta conquista y darles dolores de cabeza a mis progenitores, pero el problema más grave, o incómodo para los jefes, más que por las andanzas amorosas en dicha edad, era la persona con quien había decidido vivir las primeras experiencias sentimentaluchas de mi vida: ¡un chico afro!

Nunca me pareció novedoso salir con alguien de distinto tono de piel, pues crecí viendo en la propia familia a unos más blanquitos o morenitos que otros, algo bien normal en pleno Pacífico, un mestizaje vivo en un país como Colombia. De ese árbol de donde vengo, hay una rama inconfundible e identitaria, abundante y voluminosa herencia que no puede ocultarse: el cabello crespo o rizado o rebelde o el despelucado greñero, común en América Latina sobre todo en zonas de alta influencia afro que deja al descubierto la innegable mezcla genética.

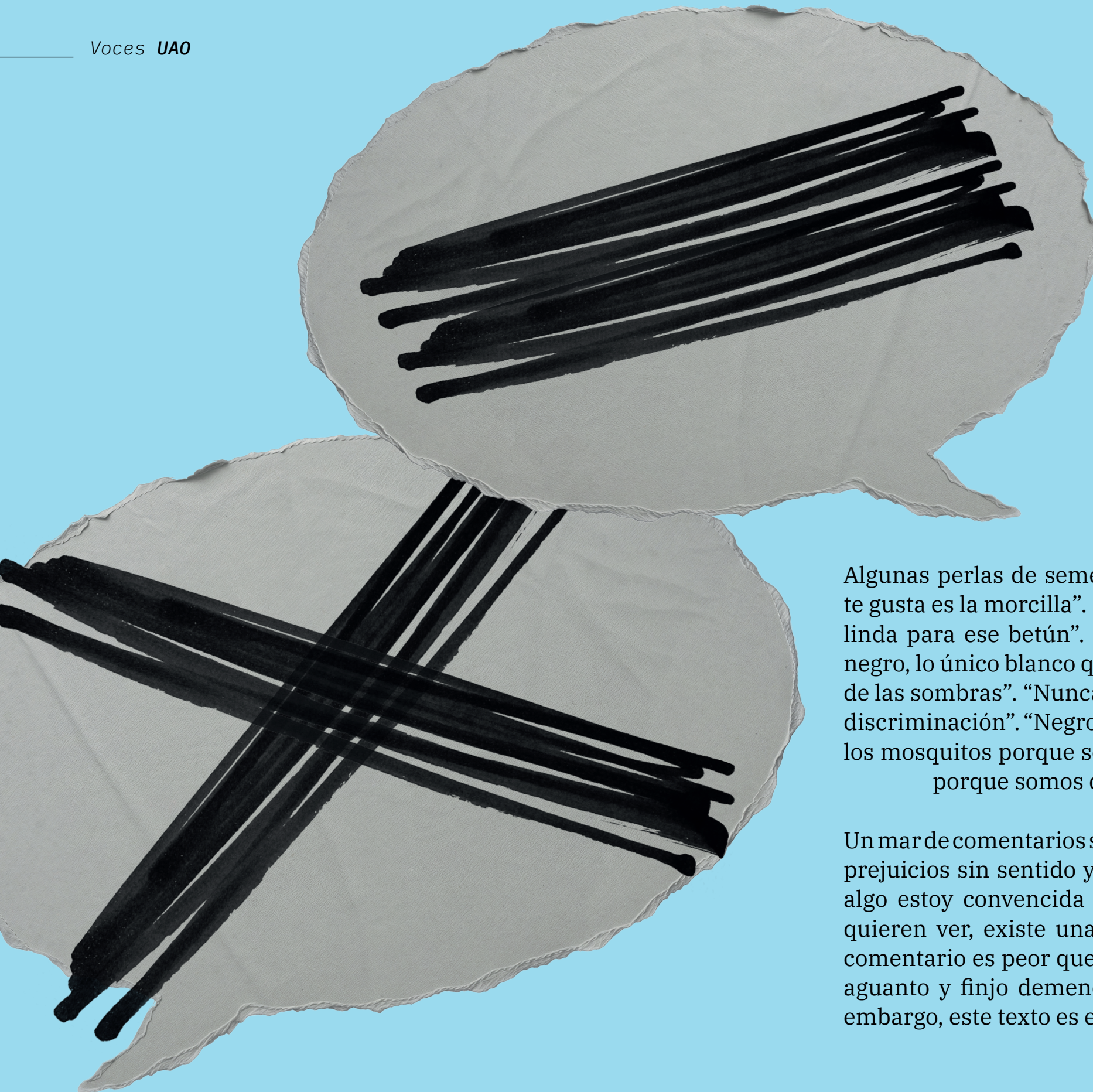


Así soy yo: una blanquita achinada con cabello ensortijado y sangre como el azúcar: morena. De haber continuado en la línea de la plancha o las keratinas como algunas féminas de mi familia, habría podido llegar a ser una émulo de Cynthia de los Rugrats, aquella muñeca con tres pelos maltratados que gritaban auxilio, perfecto para hacerse dos colitas si se caía uno. Pero no, hoy voy por la vida con el pelo a todo volumen.

Siempre he priorizado el cómo me tratan, además, si la persona me agradó, pues tendrá puntos extras, cosa que en esos instantes de juvenil pasatiempo me bastaba, mucho más si había atracción. Ese lado de la balanza iba a pesar y por más inexperta e inmadura, con tan poco recorrido de la vida, en ese momento fue algo que siempre puse como norma: RES-PE-TO. Pero tal vez me dejé engatusar muy fácil del imberbe nichecito, con tanto verbo rebuscado en las lides del enrede, fruto de una inmadurez, que la verdad sea dicha aún no logro superar del todo. Y me gusta esa sensación de madurez prematura y eterna.

Da igual, entre gustos no hay disgustos y jamás me ha importado lo que piensen los demás, con decirles que he salido hasta con asiáticos: un japonés y otro ojirazgado, no sé de dónde era. A la única que debo seguirle normas y cumplirle expectativas sobre mi vida es a mí misma; sin embargo, los comentarios en el amplio círculo social de mis trece añitos, no demoraron en llegar y mi incomodidad creció y crece hasta la actualidad.





Algunas perlas de semejante mar social fueron: “A vos lo que te gusta es la morcilla”. “Los negritos huelen feo”. “Vos sos muy linda para ese betún”. “Dicen que cuando una mujer prueba negro, lo único blanco que vuelve a comer es el arroz”. “Cuídate de las sombras”. “Nunca vayas a tener un hijo con ellos, sufrirá discriminación”. “Negro ni el teléfono”. “A los negros no los pican los mosquitos porque son amargos y a nosotros los blancos sí, porque somos dulces”. Y créanme, hubo más y peores.

Un mar de comentarios sexuales y soeces, llenos de estereotipos, prejuicios sin sentido y una violencia verbal evidente; sólo de algo estoy convencida por lógica explícita y que muchos no quieren ver, existe una sola raza, y esa es, la humana. Cada comentario es peor que el anterior, yo nada más miro, analizo, aguanto y finjo demencia para mantener la compostura, sin embargo, este texto es el fin de tanto silencio y un espacio para escupir mis incomodidades.



Si van a ser racistas séanlo completos; y entonces no bailen salsa, que es de raíces y ritmos africanos; ni tampoco degusten la gastronomía del Pacífico y del Caribe colombianos, que tanta influencia africana contienen; pero claro, ¡cómo gozan en pleno Petronio o Feria de Cali!, bailando y cantando a pecho herido con el Grupo Niche, Herencia de Timbiquí o Chocquibtown; y se empachan con sus viandas, jartan hasta la glotonería, que de tanta llenura si llegasen a bostezar, se les vería un buffet completo de encocados y frutos del mar; adobados con bebidas espirituosas, elixires de la vida que emborrachan su coherencia y terminan chapetos a punta de viche, arrechón, tumbacatre, tomaseca; y ahí sí no hay afro malo, que no valga nada en medio de semejante folclorización de su cultura.

Admiran su capacidad atlética, su definición corporal, copian sus estilos y dicen admirarlos, pero no tanto como para convivir y olvidarse del tono de su piel, eso sí es algo que la mayoría no puede aceptar, como si vivir en armonía independientemente de la etnia a la que se pertenece, no fuera normal en una sociedad educada en valores y principios, y no visto casi como una blasfemia.

Aclaro que no me estoy apoderando de la voz de dicha etnia o comunidad, la razón de este chisme literario, es la repugnancia que siento hacia los portadores de miserias heredadas, aquellos que sin importar cuál sea la situación, se sienten con la libertad de violentar. Priorizo el respeto, la empatía y la humanidad, el ser humano debería preocuparse más por tener salud mental y valores que meterse con la tez de las personas.

Lo más triste de todo, es que los mismos violentados y discriminados se hacen entre sí bromas racistas, dándoles a sus agresores el permiso para seguir insultándolos. Normalizan el mal llamado “humor negro”, al pretender gracejos con lo africano, que no todo es pobre y menos negro. Un tema tan serio tratándose con humor, ¿acaso la solución para acabar con el racismo y la discriminación es no mezclarse? Sin saber que con esa supuesta solución, seguimos cayendo en el mismo círculo vicioso, tan vicioso que amenaza con nunca acabar. ¡Por Dios, ya estamos más mezclados que la fórmula del viche! Para muchos es más fácil aceptar su infelicidad y recurrir a las tentaciones de la traición, sólo para mantener una apariencia. Pero ojo, ¿sabe usted con exactitud si en sus generaciones pasadas hubo afros o indígenas o zambos o mestizos? ***Yo sé de donde vengo, pero ¿lo sabe usted? ¡Póngase serio y deje tanto blanqueamiento cultural!***



Hemos podido superar nuestras expectativas y llevarnos al límite, pero no hemos podido superarnos como humanidad. ¡Qué pobreza de humanidad! Vea a su prójimo, una persona, carne, hueso, arterias, corazón, cerebro con la misma capacidad de pensar, la misma que usted, la misma que cualquier otro ser humano, así a veces se las den de fanáticos del buen parecer. ¿ya lo vió? ¿se dió cuenta? o ¿no tiene la suficiente capacidad intelectual de entenderlo, por ser un ignorante ilustrado?

La discusión no es cuál nos gusta o preferimos las mujeres, si bien, hartó se nos ha fastidiado con el tema del miembro grande, cuando no existe evidencia científica sólida que respalde la idea de diferencias físicas de los genitales, en función de una clasificación de hombres, etnias o lugares de origen.



Aquí hablo de respeto, libertad de expresión, gusto y pensamiento. En ocasiones si no pensamos o tenemos el mismo gusto de otros, se nos acribilla, cuando es una falta de respeto para sí mismos pensar igual que los demás, ya decía Carl Jung que pensar es difícil, por eso la mayoría de la gente prefiere juzgar.

Por eso reivindico que echaré pasión en todos los sentidos con cuál caballero se me antoje si así lo deseo, que el botón del placer femenino que durante siglos intentaron silenciar, no está de adorno y hoy celebro su existencia. Estoy convencida que no vine a complacer a aquellos moralistas de ocasión y me limpio con cada uno de los estigmas que carguen sobre los cuerpos, los placeres y las decisiones de los demás.

Celebro que dicha rebeldía de la pubertad no se ha ido, sólo se ha moldeado a la rebeldía del escote mental y del pensamiento. Soy amante de la bofetada escrita, no de la agresión verbal y menos de la física, porque aquí nos incomodamos todos para mejorar como individuos y como sociedad. Mi ser está dispuesto a romper esquemas que ya no nos sirven, porque lo tradicional, lo seguro, lo esperado, lo convencional, lo sugerido, lo ideal, lo supuesto correcto, me aburre, no me llama la atención y tampoco me define.

Destrózame

Destrózame con tu perfume, que mi nariz no pueda volver a sentir el aroma de las flores.

Destrózame hasta que mi corazón no pueda sentir el veneno que me inyectaste.

Destrózame hasta sentir que mi alma entra en los calabozos de la ceguera eterna.

Destrózame hasta que no pueda volver a sentir nada más que tu calor.

Destrózame de la manera más linda posible, que no quede nada de mí.

Que mis ojos no sean capaces de ver tu nublada confusión.

Que mi respiración se corte con las dagas de tu pasado.

Que me hagas sentir el mal viaje de tu adictiva pasión.

Que mi corazón se pierda en el mapa de tu amor.

Tú, paisaje que inspiras mis versos,

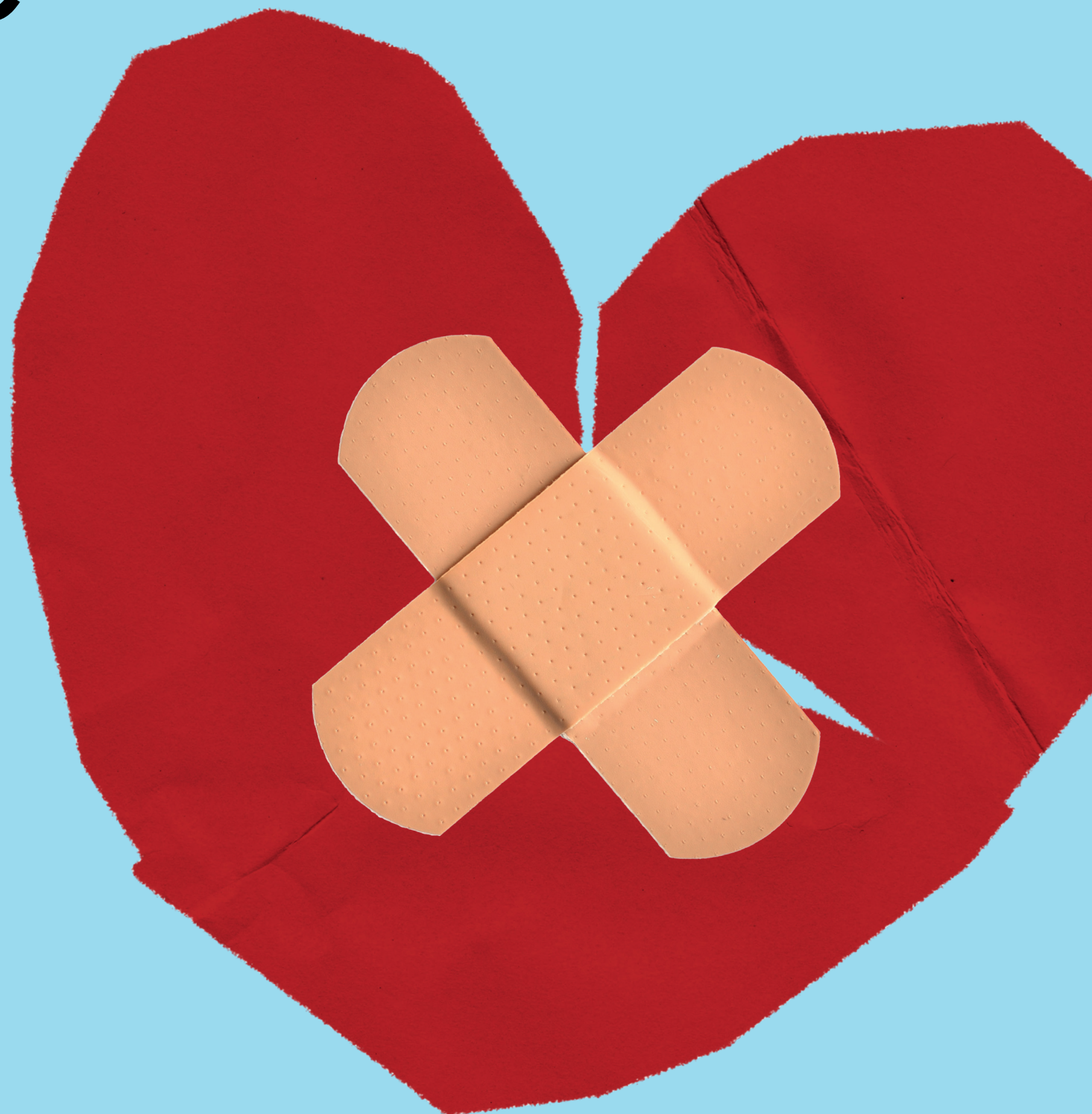
que atacas mis recuerdos:

me destrozaste,

me envenenaste de tu mundo.

No fui capaz de verlo ni de aceptarlo,

y caí al infierno amándote.



Danza **rota**



Es extraña esa sensación de por fin haber obtenido eso que más anhelabas y no sentir nada al respecto. Es confuso y arrollador, darse cuenta de que todos queremos ser amados, todos queremos sentirnos de esa manera.

Te sentí; tu respiración y la mía crearon un tornado de excitación. Tus labios y los míos lucharon incesantemente por la libertad, mientras eran encadenados por los pecados de la pasión. Tu cuerpo y el mío danzaron por sus flagelos, sus sufrimientos y vacíos terrenales.

Tu mente y la mía se embriagaron en una utopía, en un destello fugaz pero a la vez eterno, donde estábamos juntos en espacio y tiempo, pero nuestras mentes estaban sollozando ante el éxtasis de lo irreal, de lo ficticio y de lo imposible. Mi corazón latía fuertemente, y no de amor, sino de adrenalina, cual bombillo encendido en la oscuridad de un congelado glaciar.

Deseé mucho tiempo una gota, aunque sea, de la lujuria; sin embargo, habiéndola probado, sigo vacío, sufriendo, escribiendo estos tristes versos. Hubiera dado mi vida por haber sentido la danza dentro de mí, auténtica, verdadera y, sobre todo, cercana a mi alma.

No fuiste mala bailarina, ni yo un mal bailarín; fue la música la que no tenía la chispa divina de los dioses: el amor. Tú y yo bailamos una danza rota, sin futuro, sin chispa y sin sentimiento.

Prendeme **fuego**

Prendo la realidad para escaparme de
vos, para olvidar momentáneamente el
calor que dejaste en mí.

Prendo la realidad para engañarme de
que no te necesito.

Prendo la realidad para desatar las
cadenas de la lujuria y no traerte a la vida
mientras tanto.

Y el humo se esparce por tu piel,
olvidando lo frágil por el deseo.

Es tan denso que nubla mis memorias, las
cuales se disipan con la toxina de tu amor.

Una toxina más adictiva que mi
piromanía por prender la realidad.

Y, sin embargo, la realidad se recupera y
tu recuerdo sigue en mí.

Por más que prenda mi mente para
olvidarte, siempre llegas a apagar ese
incendio y a ahogarme en tu escabroso
amor.

Pero solo eres ese fuego ahogándome en
la toxina de tu frío corazón.

Ojalá el humo fuera tan denso para nublar
tu imagen en mis memorias.

Ojalá fueras colilla de cigarrillo para
pisarte cada vez que me consumes con
tus inescapables destellos.

Tu sonrisa

*Llueve, relampaguea y todo es un desastre;
mi mente, mi mundo y todo se nubla,
se oscurece de tal modo que ni yo mismo puedo
hallarme.*

Entre el sosiego hay algo, o más bien alguien...
Un alma tan mortal como las demás; sin embargo, ante mis ojos yace
su fulgor.
Es tan linda, tan espléndida; quizás ella no lo note.
Pero su sonrisa alivia la nebulosa de mi mundo,
tan humana como un poema, tan única como una partitura y, a la vez,
tan cautivadora como la vanidad de una flor.
Es su sonrisa, es su ser lo que ilumina algo más importante que mis
ojos: mi corazón.

Me das tu mano y sonrío mi infancia.
Me das tu alegría e intento atesorarla.
Me das tu tristeza y arropo tu llanto.
Me das de ti sin esperar de mí,
y me arrojo a la lluvia para proteger tu sonrisa de la tormenta que
habita en mí.



Las estrellas **brillan**

Las estrellas brillan
Entre tu agitada respiración,
detén el tiempo entre el flujo de tus miedos,
y observa el cielo estrellado,
un instante hecho para nosotros.

Agarra mi mano y rompe el tiempo en el momento exacto en
que el ensordecedor ruido de nuestros corazones se reconoce a
través de la niebla.

Si te sientes absorta, si sientes que te pierdes entre el laberinto
de tus pensamientos,
no bajes la mirada, no apagues tu sonrisa,
porque, si la apagas, las flores se marchitarían, el fuego se
enfriaría y la belleza sucumbiría.

Respira profundo y deja que la vida fluya entre tus flagelos.

Y si tú respiras, yo descanso en ti.
Y si tú calmas, yo me calmo en ti.
Y si ríes, yo me deleito en ti.
Si tú lloras, me empapo en ti.
Y si tú caes, yo te levanto entre la noche estrellada.

Porque, si las estrellas no brillan lo suficiente, es porque no te han
visto lo suficiente,
porque, ¿quién no brillaría al verte?

Afloja tu mano, afloja tus miedos y envuelve mi alma en tu
pecho.
Mira este momento, mira cómo tiembla lo que aún no
entendemos, mira cómo incluso el silencio parece decir algo
cuando estás cerca.

Y a ti, *destino*

Solo quiero sentirte; me resquebrajo en cada recuerdo.
Sé que ahora no es posible, y mi alma se desgarr.
Las almas se creen perdidas, se creen inútiles en la oscura niebla
del laberinto de nuestras mentes.
Ninguna es mala, solo imperfectas, imperfectamente hermosas
y hechas la una para la otra.

Divino tiempo, ten piedad de mí, que me ahogo en los caudales
de mis memorias.
Corazón, no me permitas desfallecer, que si vivo es por amor.
Y a ti, destino, solo entra en mis sueños y sabrás lo que te pido...

Sé feliz; nada más les pido a los dioses, ya que ellos me
envenenaron de pasión, pagando el precio de los desdichados,
de los pobres diablos.
Alma hermosa, sé feliz; quítate el velo que enceguece tu
luminosidad y así el óleo no sentirá tanta soledad.

***Yo, mientras, intentaré reunir los trozos
de aquel lienzo en blanco que el destino
separó.***



Brillas

Eres como la luna que brilla intensamente
en una oscura noche llena de misterio y soledad.
Te asomas espléndida, dando tu luz a todos sin importar sus
desdichas.

Entre los desdichados estoy yo, extasiado por tu luz, la cual atraviesa
todos mis nervios acelerando los latidos de mi corazón.
No sé qué tienes, pero mis desdichas se disipan cual fuego en agosto
y es tu mirada la chispa que enciende mis ganas de seguir mirándote
como quien admira una luna llena.

Preciosa luna en forma de dulce ser humano, no dudes de tu brillo,
no apacigües la candidez que brota de ti,
porque tus ojos, tu sonrisa y mirada
crean una hermosa constelación la cual
podría contemplar noches enteras, aun así sintiendo la envidia de
la luna en el cielo.

Nudo

¿Y cómo piensas sacarme este nudo de la garganta?

Mi madre me enseñó a amarrarme y desamarrarme los cordones, pero no sabía que había nudos que te hacían caer estando apretados.

De chico no sabía que llegaría un nudo que me hiciera sentir desamparado.

Y es que no es tan fácil como caminar por la calle y darte cuenta de que alguien va con los cordones desamarrados. Porque sé, y me ha pasado, que me paran y me avisan que mis cordones no están atados.

Pero esto es distinto, porque nadie puede ver el nudo que no solo aprieta mi garganta, sino mi corazón.

Nadie me enseñó a aflojar las cuerdas que dejaste en
aquella agobiante noche,
donde el hilo se encogía por el frío, volviéndose, a su vez,
duro, dejando marcas imborrables en mi alma.
Ahora no sé si es hilo o un cable de alta tensión, o quizás
de suspensión.

¿Qué sé yo? ¿Cómo puedo saberlo?

***Si a veces puede ser suave, eléctrico o apretar
tan duro, agotando mi respiración.***

***Tal vez solo deba mirar desde dónde se aferra con
tanta ilusión, para así desatar tu nombre de mi
corazón.***





Complejamente Hermoso



“Ningún hombre, ni siquiera el más ingenuo, es una unidad, sino un mundo altamente multiforme, un pequeño cielo de estrellas, un caos de formas, de gradaciones y de estados, de herencias y de posibilidades.” – Hermann Hesse, “Lobo Estepario” (1927)



Un alma errante, vaga por la majestuosidad del cosmos, deteniéndose a cada instante ante las bellezas del universo, sus galaxias, sus planetas, sus ecosistemas, sus ebúrneas lunas y la luz de sus estrellas. “El universo es hermoso”. Es lo que uno siempre escucha al hablar sobre el universo, y sí, es hermoso. ¿Pero, qué es realmente hermoso? Para esta alma, el significado de hermosura es un poco ilusorio. Lo hermoso no es simplemente lo estético ni lo superficial, lo hermoso, es lo indescriptible, lo complejo y lo que se sale de nuestra capacidad de expresar. Y lo hermoso puede tener igualmente amargura y melancolía.

Hermoso para aquella alma, es el universo, tan inmenso, tan arbitrario, indescifrable, sombrío y lúgubre. Sin embargo, la palabra “hermoso” es simplemente una ilusión del lenguaje, que inhibe la hermosura total de las cosas. El universo, tan complejo y tan enigmático, ¿no puede ser simplemente hermoso y ya!



¡Una sola palabra no puede encasillar una supernova espiritual!





Para el alma errante, la supernova espiritual, es el encuentro de nuestro “Yo”, con la inconmensurabilidad del universo, por eso, sin ni siquiera saber nosotros cómo, somos nosotros el reflejo más hermoso del cosmos. Al igual que esa palabra, nosotros no podemos ser encasillados en una unidad, para el alma errante, el humano es el cosmos, por lo tanto, vivir y aceptar una sola descripción de nuestro ser, es autoexiliarse de la divina realidad. Al igual que el universo, algunas veces podemos tener la explosividad de una supernova, el fulgor de una estrella, la candidez de una luna, la fogosidad de un planeta tierra o incluso, al igual que el universo, tener tranquilidad en algunos momentos o ser un caos en otros. Eso somos nosotros, hermosamente cósmicos.

“Cuando uno es chico espera la gran felicidad, alguna felicidad enorme y absoluta. Y a la espera de ese fenómeno se dejan pasar o no se aprecian las pequeñas felicidades, las únicas que existen. Imagínese un mendigo que desdeña limosna por el camino, porque le han dado el dato de un formidable tesoro. Un tesoro inexistente.” – Ernesto Sabato, “Sobre Héroes y Tumbas” (1961)

Soy yo, aquella alma errante, explorando las grietas del universo, en esa búsqueda existencial, trato de ver o sentir la hermosura de las cosas, aunque sea difícil, lo intento. Este universo puede parecerme ajeno muchas veces, pero trato de recordar que esas pequeñas felicidades de las que habla Ernesto Sabato, se encuentran como polvo cósmico a mi alrededor. La forma más humana en que podemos conocernos en profundidad, es aceptar la hermosura en nuestra vida, en lo que nos rodea, y sobre todo no confundirnos en que lo hermoso es lo bello, sino todo lo que experimenta con nuestro espíritu.

Entre palabras y silencios

Recuerdo una escena de mi infancia que, con el tiempo, se volvió muy significativa para mí. Estaba en compañía de mi mamá, cuando la fonoaudióloga me preguntó:

—Carolina, dime... ¿Quién come hueso?

La respuesta parecía muy fácil y lista en mi mente: el perro. Pero al momento de decirla las palabras comenzaron a tropezar.

—Mi-mi-mi mamá.

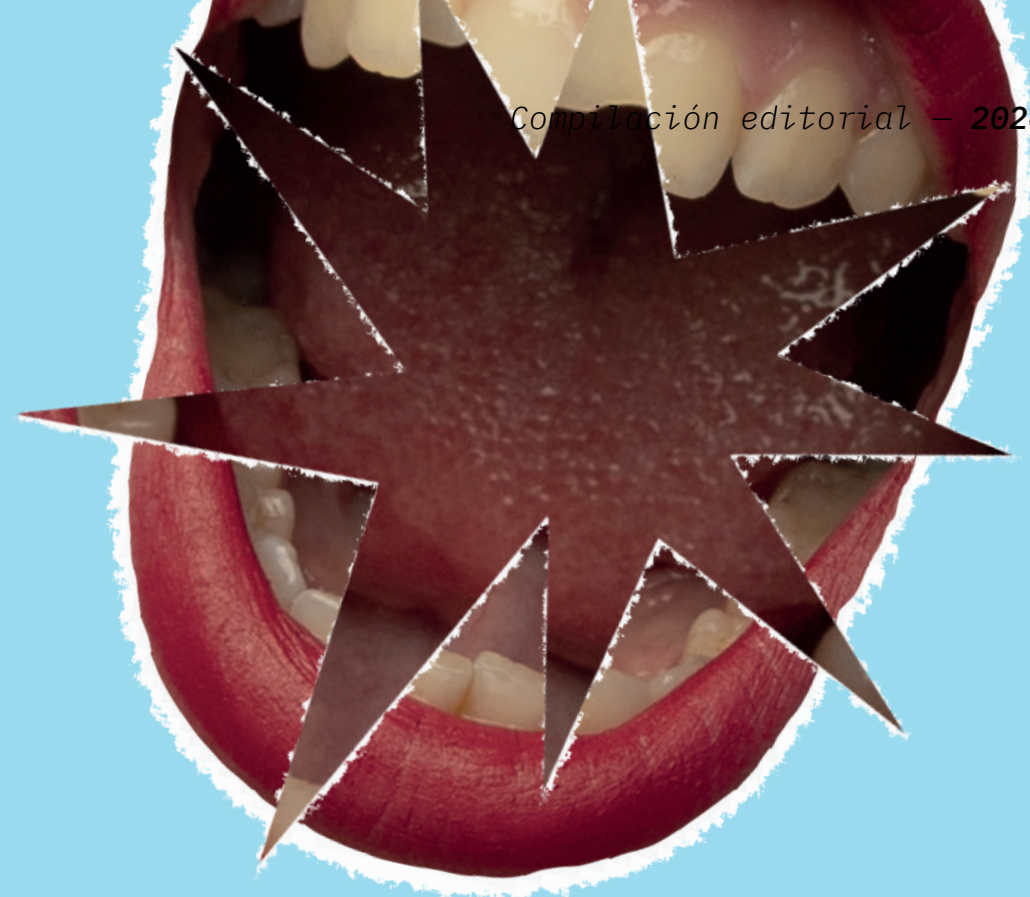
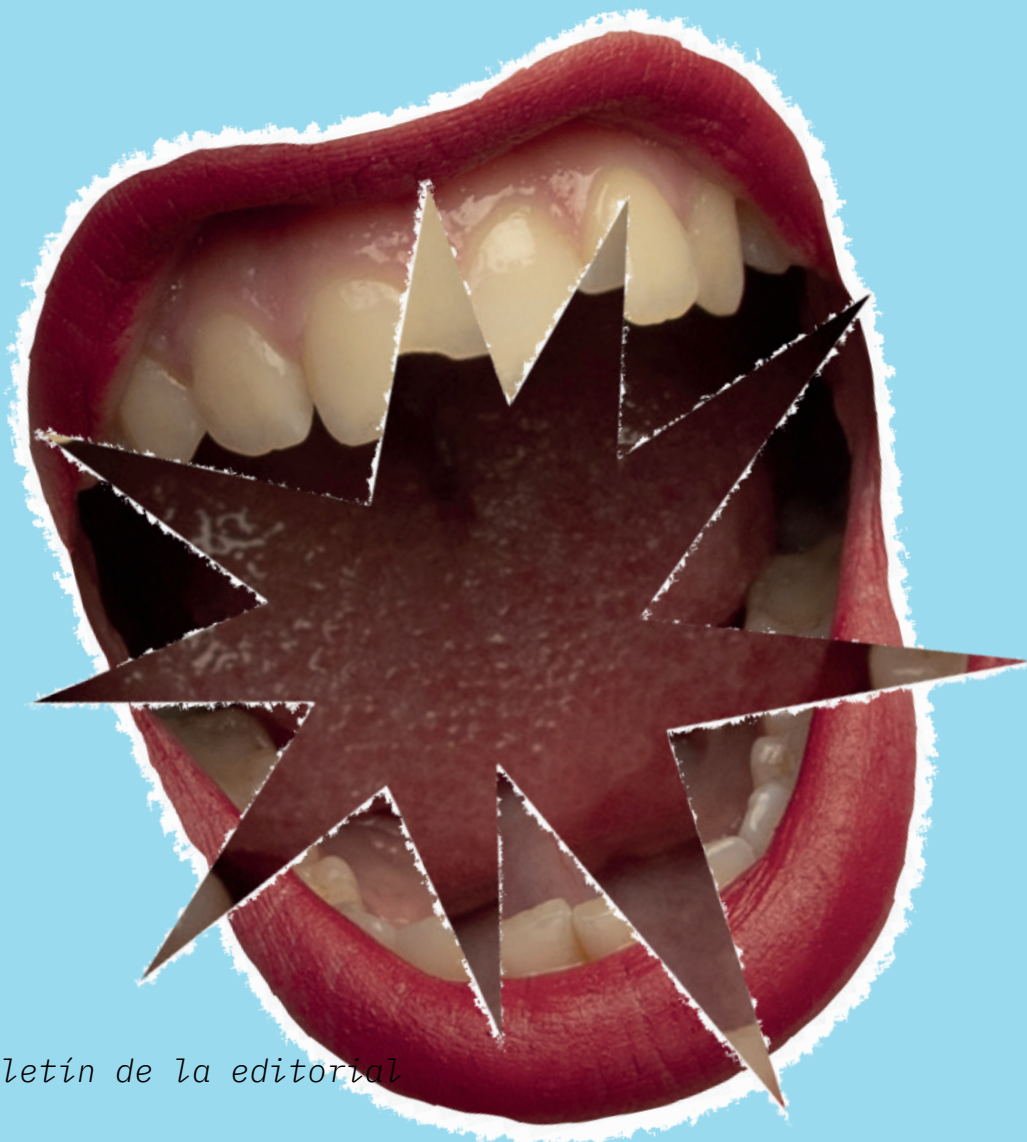
La doctora me miró con sorpresa. Yo también me sorprendí, porque en mi cabeza la frase era completamente distinta. Intenté otra vez, respirando y buscando con cuidado la palabra correcta.

—No... no... El p-p-pe-perro.



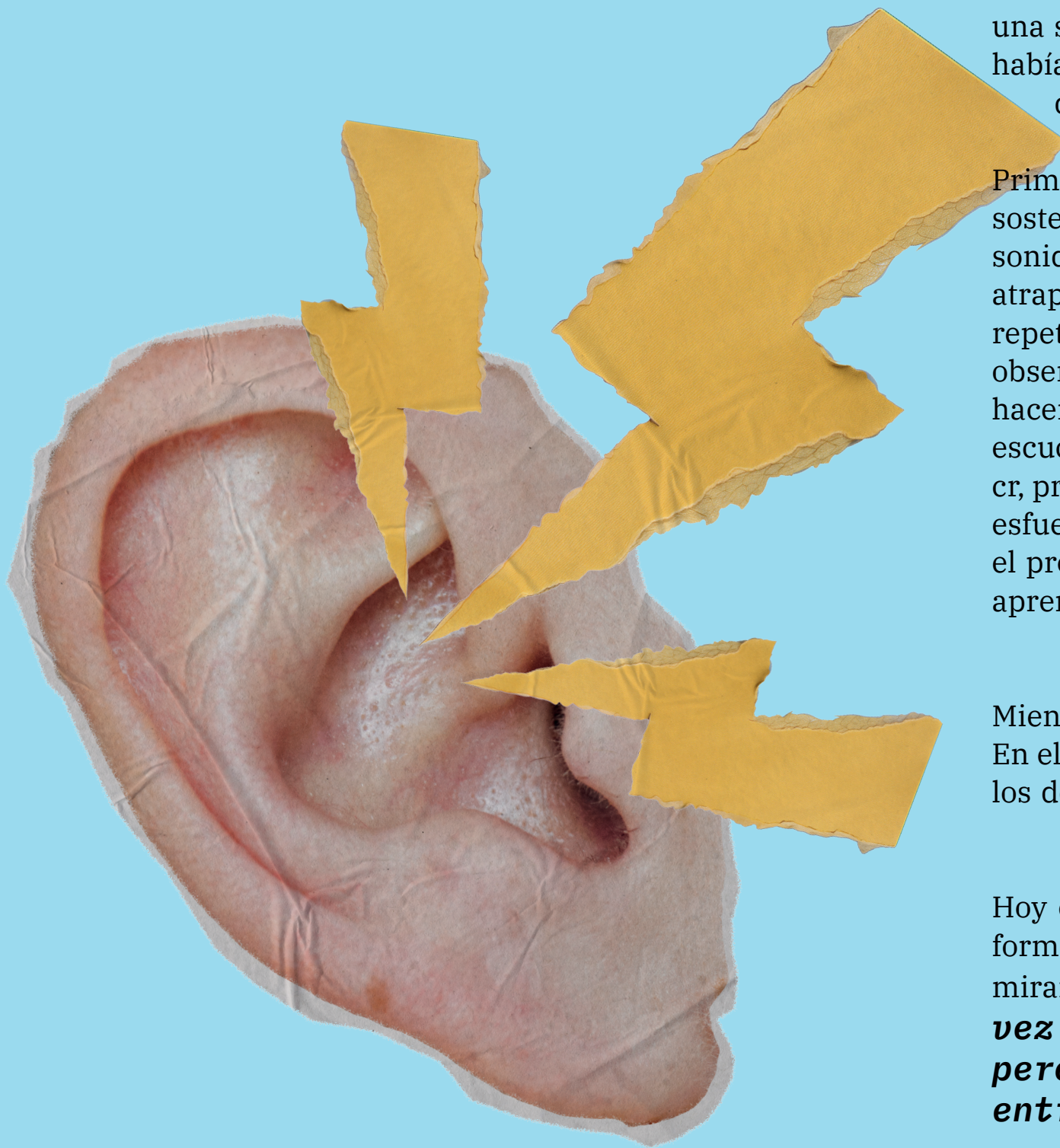
Entonces todo se aclaró. El que comía hueso era el perro, no mi mamá. Ese momento, que hoy recuerdo con una sonrisa, reflejaba algo que ocurría muchas veces en mi infancia: dentro de mi mente las palabras estaban claras, pero al salir necesitaban más tiempo para acomodarse. Y entre esos pequeños enredos del lenguaje, mi voz iba aprendiendo poco a poco a encontrar su camino.

Cada voz tiene su propio ritmo. Algunas fluyen rápidas como un río; otras avanzan con pausas, como si necesitaran respirar antes de continuar. La mía siempre ha pertenecido a este segundo ritmo. Desde pequeña conviví con la tartamudez, una experiencia que transformó mi relación con las palabras, el silencio y la manera de comunicarme con el mundo.



Durante mucho tiempo pensé que mi voz llegaba tarde. No porque no tuviera algo que decir, sino porque las palabras parecían detenerse en algún lugar entre mi pensamiento y mi boca. Allí, en ese pequeño espacio invisible, apareció mi tartamudez. Hubo momentos en los que hablar era un desafío enorme. Había palabras que parecían simples para los demás, pero para mí se convertían en montañas. Una de ellas fue “muñeca”. Al intentar decirla en el colegio, las niñas de bachillerato me dijeron que la pronunciara y mi voz se quebró: mu-mu-muñeca y empezaron a reírse. En ese instante sentí vergüenza, frustración y una sensación de fragilidad que solo quien ha vivido la tartamudez puede comprender.

Durante años pensé que debía luchar contra mi manera de hablar, como si mi voz fuera un error que debía corregirse. Pasé por terapias fonoaudiológicas donde cada sesión no empezaba cuando me sentaba en la silla, sino desde antes, en la espera. Había un nudo pequeño en el estómago, una mezcla de miedo y esperanza. Sabía que iba a hablar, pero no sabía cómo iba a salir



mi voz ese día. La que hablaba era mi mamá y no yo, le explicaba todo a la doctora. La fonoaudióloga me recibía con paciencia, con una sonrisa que parecía decirme que no había prisa. Sobre la mesa había láminas, espejos, tarjetas con dibujos y palabras. Todo estaba dispuesto para invitarme a hacer lo que más me costaba: hablar.

Primero venían los ejercicios de respiración. Inhalar profundo, sostener, soltar el aire lentamente. Una y otra vez. Luego estaban los sonidos Pa-pe-pi-po-pu. Seguir el ritmo, pero a veces la “p” se quedaba atrapada, como si necesitara permiso para salir. Entonces venía la repetición, la pausa y el intento. El espejo era testigo silencioso. Allí observaba mis labios, mi lengua, el movimiento exacto que debía hacer. Aprendía a verme hablando, aunque no siempre pudiera escucharme como quería. También estaban las combinaciones: br, cr, pr, tr. Sonidos que exigían coordinación, paciencia y valentía. Con esfuerzo y práctica constante avanzaba poco a poco, encontrando en el proceso felicidad y descubriendo que mi voz no estaba rota, sino aprendiendo su propio ritmo. La tartamudez me enseñó a escuchar el silencio.

Mientras otros hablaban con rapidez, yo aprendía a habitar las pausas. En ellas descubrí sensibilidad y una forma distinta de comprender a los demás. Ya no era solo una dificultad del habla; era también una historia de perseverancia.

Hoy entiendo que la tartamudez no define todo lo que soy, pero sí forma parte de mi historia. No desapareció, pero cambió mi manera de mirarla. Antes era un obstáculo; ahora también es una maestra. ***Tal vez mis palabras no siempre fluyan con rapidez, pero llegan con algo que aprendí a reconocer entre pausas, repeticiones y respiraciones profundas: llegan con mi propia voz.***

Humberto Jarrín



Nº1: *La Ofelias*

Colección Arthropoda -Poesía-

El espejo

La muerte arriba al río
en busca de un espejo,
¿por qué se mira?,
¿contra quién se mira?,
¿para tomar conciencia
de su belleza o poderío?,
porque en el reflejo del agua,
—luz profunda y honda—
hasta la muerte misma
ha de verse hermosa.

Los ojos de la que va a morir

Observándonos
a nosotras mismas
en el espejo del río,
nos miramos
con anterioridad y sorprendidas
desde nuestros profundos
y húmedos
ojos ahogados.

Indicio oscuro

Tú, muchacha,
que tampoco te acostumbras
a estar muerta,
si no entonces
¿por qué ese tremor
que todavía traes en la carne
que no te deja quieta?

La madre de la ahogada

La peinaba el agua,
la peinaba hebra a hebra
con su peine ondulado.
La peinaba el viento,
la peinaba hilo a hilo
con cepillo perfumado.
Y estas manos viejas
que la sacaron del río,
también la peinaron.
Entró bella a la muerte
a pesar de haber salido
de la vida despeinada.



Gemelas

Una gota
es hermana de otra gota,
hermana mayor el agua.
En medio de la corriente
alguien más fluida
y silenciosa las acompaña:
la hermana muerte.

La muchacha ahogada

Era su mirada agua mansa,
vaso de beber claridad,
espejo vivo
en el que todos
se querían mirar.
Ahora hundida
en la corriente,
su mirada de agua
que no ilumina,
toma la forma de la muerte,
vaso de sombra
que la contiene.

Confesión de la suicida en la orilla

Yo que he estado
junto a los ríos
adivinando su caligrafía
en las melancólicas
horas de la tarde,
sé lo que les gusta
a las excitadas aguas
mezclarse raudas
con nuestra turbia sangre.